

seguimos que confiemos los unos en los otros», dice Juan.

«Nos une como asociación nuestro genuino interés en dedicar nuestro tiempo particular en personas que viven en riesgo de exclusión social o en situaciones vulnerables, y que necesitan esa atención, esa desconexión de su vida diaria, que puede llegar a ser terriblemente complicada; por eso estamos ahí, para ayudarles con la palabra a que el dolor aminore y la esperanza crezca», explica Andrea.

El equipo de Entrelibros tiene muy claro cuál es el objetivo de las sesiones de lectura: producir el mayor bienestar personal posible, tanto emocional como físico, a través de la palabra. «En el hospital mantenemos un trabajo con enfermería para evaluar el antes y el después de una lectura», dice Andrea, «y los cambios son muy significativos». Lo hacen en una escala del 1 al 5. Juan señala que en ocasiones llegan a la habitación y encuentran «a un niño postrado en la cama, dolorido, con las persianas bajadas, en el nivel 1, y a la media hora el niño se ha incorporado, ha comenzado a sonreír, y te das cuenta de que hemos pasado de una situación de malestar físico a dialogar sin parar».

A pesar de que Entrelibros consigue efectos terapéuticos al aliviar el dolor, en la asociación son muy conscientes de que no pretenden irrumpir en el campo profesional, porque su misión es que las personas hablen con ellos a partir de las emociones que les pueda causar un libro, «algo que quizás no son capaces de hablar con un profesional, por el llamado síndrome de la bata blanca», añade Juan. «Nosotros no somos terapeutas y no vamos a regañarles por nada, ni esperamos que nos digan nada concreto, y por eso precisamente son tan sinceros y se abren, porque pueden expresarse sin recelo».

«Nosotros queremos procurarles bienestar físico y psicológico, el bienestar que te da saber que eres comprendido, escuchado, que nadie te va a juzgar y que te escuchan sin represalias». Andrea, por su parte, sostiene que las familias de los niños también necesitan hablar, compartir sensaciones y emociones. «Nos gustan muchos las sesiones intergeneracionales, porque cuando los sacas del ambiente de la casa, los padres se sorprenden de que los hijos hablen de determinadas cosas y al contrario, y es muy bonito». «Los padres tienen la necesidad de confiar en alguien, de que simplemente los escuchan y a veces ese alguien somos nosotros, porque el ambiente del hospital es asfixiante, se pierde la noción de todo».

Abrazos, lectura y diálogo

Entrelibros tiene determinados rituales. Aunque no tengan establecido un modelo único, sí que tienen un patrón que plantean en cada sesión.

«Hay espacios, como la Ciudad de los Niños, donde les encanta saludarnos y despedirnos con abrazos, porque no están acostumbrados a recibir besos o caricias, y pueden llegar a tener verdaderas carencias de afecto», explica Juan. «A veces, al caminar con un niño con el brazo echado por los hombros mientras hablamos, puedes estar abriendo un campo de relación enorme». En Calor y Café les



Tres de los miembros de la asociación en una sesión en la Ciudad de los Niños. :: RAMÓN L. PÉREZ

sucede algo similar, ya que allí tratan con personas que «viven en la calle y que se sienten figuras a las que nadie mira y para quienes ciertos rituales que impliquen tacto y afecto real, tienen una gran importancia».

En la prisión, dice Andrea, el abrazo inicial es fundamental. «Una interna nos dijo una vez que olíamos a calle, que le traíamos el olor de la libertad, y es un olor que solo ellas son capaces de apreciar». Con este ritual de entrada, Juan y Andrea aseguran que «ya se ha abierto la comunicación y que se han roto las barreras». A raíz de este ritual, hubo una vez en la prisión un interno, Jorge, que escribió un texto para la revista del Centro penitenciario de Albolote, 'La Voz de Mako', en la que los internos encuentran una vía de escape a través de la escritura y que crean en el propio centro. El texto de Jorge se llama 'El abrazo' y en él hacía una reflexión sobre la importancia del mismo, «porque allí no se tocan, no hay tacto, y el hecho de que alguien llegue de fuera y muestre afecto a través del contacto, algo que para nosotros es banal porque forma parte de nuestro día a día, allí puede tener una trascendencia enorme», dice Juan.

En segundo lugar, nunca comienzan una sesión de lectura de repente, sino que primero hablan para crear un ambiente de preparación. Conversan sobre qué tal les ha ido la semana, porque «hablar sobre ello y resaltar las cosas bonitas, aunque sea el más mínimo detalle o sorpresa que les haya ocurrido, crea una predisposición a que lo que venga después esté en un ambiente afectivo». «Para ellos es muy importante que se identifiquen, que nos cuenten quiénes son, para que restituyan su identidad y sientan que están atendidos».

De entrada, cualquier persona puede llegar a ser recelosa, por eso es muy importante para ellos romper el hie-

lo y ablandar esa distancia natural que nos puede llegar a separar. «No se trata de una táctica profesional, sino que es legítimo, porque forma parte de la misión de esta actividad, que se sientan mejor y que su estado de bienestar aumente». En la prisión, si la sesión empieza mal, también les corresponde a ellos enderezarlo, y recordarles que aunque haya alguien sufriendo, puede que también haya otras personas que no. «Incluso la desgracia de uno puede aminorar la de otro», explica Andrea.

En tercer lugar se comienza la lectura en sí. El voluntario presenta el libro o el texto, con la idea siempre de no imponerles la lectura. «Si los dos primeros pasos están hechos, la lectura entra sola, pero si no se ha creado el ambiente propicio desde el principio, puede ser un fracaso». Después de la lectura, mantienen lo que ellos denominan 'el diálogo', en el que los voluntarios escuchan y conversan a partir del texto, «porque aparecen recuerdos, deseos o frustraciones; ellos relacionan sus vidas privadas con el texto, y compartimos en grupo los sueños y expectativas de cada uno».

«Escuchar es fundamental»

«Saber escuchar es fundamental para el voluntario, este debe desaparecer como persona y no aportar su opinión o criterio, sino que tiene que saber dejarse llevar por donde fluya el diálogo». «Utilizamos textos de carácter filosófico y literario, son textos que hacen hablar, y queremos que gracias

«Nos une el genuino interés en dedicar tiempo a personas con riesgo de exclusión»

a ellos, la gente se sienta identificada en algún aspecto y participe en el diálogo final», dice Andrea.

La poesía tiene el poder especial de dar esperanza y ánimo sin ser palabras premeditadas y, a veces, «poemas o cuentos en los no confías demasiado, te dan una sorpresa enorme». Por ejemplo, Juan recuerda un poema de Rabindranath Tagore, en un centro de Huétor Santillán de desintoxicación del Proyecto Hombre. Se trataba de 'Canción para mi hijo'. «Lo leímos con precaución y, sin embargo, fue muy emocionante, porque de repente descubrimos que muchos de ellos son padres que están allí voluntariamente y que viven en el drama que supone no haber sido capaz de cuidar a tus hijos por tus problemas de drogadicción». Muchos de las personas que acudieron a la sesión de lectura «se sintieron reflejados en el poema, en las palabras de esperanza que daba a su hijo, y entonces decidimos que era un poema apropiado y lo incluimos en nuestras lecturas».

Algo similar les ocurre con el lenguaje. Cuando están en las sesiones con internos, «se contagia el lenguaje, se cuida, y ellas lo saben porque cuando estamos reunidos intentan preservarlo». Seleccionan poemas de todo tipo de estilos, como los de la poeta cordobesa Ángeles Mora o de la granadina Elena Martín Vivaldi. Y de pronto, descubren que estos poemas les dan esperanza, que no son los banales rituales de «ánimo, esto se pasará», sino que los lectores encuentran por ellos mismos consuelo y esperanza en la palabra escrita. Como con el poema 'Abre la gran ventana de la noche', de Elena Martín Vivaldi, que finaliza diciendo «no dejes que el llanto te alucine las pupilas». La esperanza está entre líneas, y la da la literatura, no una persona. Esa es la magia que a todos llega, y a todos contagia.

VOLUNTARIOS

Lucía Chovancova

«Lo que ofrecemos no es solo la lectura, es también un abrazo, hecho de palabras o de piel y de calor. Para nosotros, la literatura son unas agujas con las que tejer cuerdas invisibles con otras personas, agujas con las que hilar esa telaraña emocional que todos necesitamos, en tanto que animales sociales, para no precipitarnos en el vacío. Precisamente por ello es tan importante para nosotros que la lectura se haga en voz alta, porque significa ofrecer la palabra poética directamente de persona a persona, en toda su sonoridad, visualidad y corporalidad. La literatura se convierte así en un conducto por el que poder sentir la presencia del otro de una forma muy intensa».

Irene de Haro

«Si tienes la suerte de ser uno más en el grupo de SAPAME (Asociación Salud para la Mente), verás que los textos son un motivo para el remanso y el sosiego. Un oasis de paz en el ruido interior, en la angustia y en el continuo trasiego de la mente. Leer en SAPAME es anclar el pensamiento, sujetarlo en la alegría que significa compartir recuerdos, vivencias y demás circunstancias. Y a veces temores y angustias. Que se alivian. Porque la palabra descarga el malestar, y cuando la salud mental está comprometida, es una ventana que oxigena y permite mirar más allá. Con esperanza».

Eduardo Oliver

«El ejercicio de la literatura y la filosofía requieren un distanciamiento de la perspectiva que habitualmente adoptamos en nuestras vidas, normalmente centrada en lo que nos ocurre 235o sentimos. Gracias a esta capacidad, en las actividades de Entrelibros podemos vernos a nosotros mismos desde fuera, con los ojos de otro y abrirnos a vivir experiencias y a recordar sucesos que ocurrieron a otras personas o que nunca ocurrieron. Este vuelo de la imaginación nos permite descansar de la dureza con la que a veces la vida nos golpea y renueva y amplía nuestra capacidad de percibir y sentir. Es absolutamente hermoso y conmovedor ver a otra persona reverdecer gracias a los solos poderes de la palabra y la imaginación».

Ana Ortega

«Cada semana voy al hospital a leer historias a los niños. Hablamos de la luna, de las palabras, del monstruo de los colores, de cuándo nos ponemos tristes, de los abrazos, de las personas más importantes de nuestra vida, de lo que más nos gusta...».